

al entrar en un ritmo de camellos después de tantos viajes en avión, metro, tren?».

Es otro de los grandes encantos de viajar: no tanto desplazarse en el espacio, escribe Cendrars, cuanto en el tiempo: encontrarse, por ejemplo, al azar de un incidente de ruta entre los caníbales o a la vuelta de una pista en el desierto en una estacada en plena Edad Media. Y añade, trazando una analogía que muchos suscribimos: «Creo que lo mismo ocurre con la lectura, excepto que está a disposición de todos, sin peligros físicos inmediatos, al alcance de un valetudinario, y que a su trayectoria, todavía más extendida en el pasado y en el futuro que en cualquier viaje, se le añade el don increíble de hacerle a uno penetrar sin gran esfuerzo en la piel de un personaje».

Siempre estamos en palabras, escribía Nootboom, para acto seguido añadir: «Y no sólo en palabras, también en la Historia». La Historia suele ser un potente motor del viaje, y para algunos también lo es «la historia antes de la historia» porque en ella falta lo acuciante. En el museo de Bellas Artes de Zaragoza, ante puntas de flechas realizadas en piedra, vasijas y pequeños cuencos de cerámica, tumbas abiertas con esqueletos anónimos, el escritor holandés reflexiona:

Nombres, fechas exactas, batallas, conflictos, todo esto se ha vuelto invisible [...]. Permanezco durante horas en las salas silenciosas y veo cómo la historia se amontona, se hace más conocida y se expande al mismo tiempo. Un siglo no puede caber en una sala y, sin embargo, ocurre. A través de lápidas, monedas [...] se me muestra como por arte de magia el camino conocido, el cliché del pasado tal y como lo he aprendido. Pero lo más esclarecedor se oscurece por lo que se ha dejado fuera: los olores, las voces, los seres vivos. Son, literalmente, restos que hacen visible una ausencia. A través de todas estas evidencias naturales parece incluso como si se pudiera poseer el pasado, tenerlo, pero el presente sólo toma del pasado lo que él mismo elige, y luego vuelve a ser el presente lo que está a la orden del día, porque cada época interpreta la historia de una manera distinta. También nosotros algún día iremos a parar a esta curiosa abstracción. Eso que nosotros pensábamos de nosotros mismos será deformado por los caprichos de un tiempo ulterior.

¿Serán inquietudes como ésta las que llevan a tantos Ulises a recorrer los escenarios de la Historia, próxima o lejana? Si una de

las metáforas del viaje es lo que Magris llamaba el camino hacia las lontananzas, no debe sorprendernos ver a los viajeros en escenarios como los restos del solar del Cid, a espaldas de la ciudad de Burgos (Bécquer, Unamuno, Alfonso Reyes, Ortega), en los parajes donde tuvieron lugar las batallas de Alarcos y de Zallaka o la de Sagrajas (Gerald Brenan), en el monasterio de Alcobaça tras la poética historia de doña Inés de Castro (William Beckford, Unamuno), en Waterloo (Fernán Caballero, Rubén Darío, Sebald) y, ¿por qué no?, en Ginebra, cobijo de perseguidos y exiliados. Seguirlos a todos es imposible. Por ello, me concentraré en una doble vertiente; por un lado, observaré a un viajero que se confiesa peregrino de la Historia y mostraré sus movimientos; por otro, fijaré un escenario único –Waterloo– y lo enfocaré desde un triple contrapunto: el que arrojan las miradas de Fernán Caballero, Rubén Darío y W.G. Sebald, casi equivalentemente distanciadas entre sí, para así poder ver cómo ante un mismo suceso –y ante el espacio que lo representa–, los viajeros reaccionan de modo muy distinto según el paso del tiempo.

La Historia retuvo la atención del viajero unamuniano y alentó su soliloquio; la Historia de los hechos y no la Historia de los sucesos, según la entendía el autor:

El poder situar un suceso en tiempo y lugar con ayuda de la cronología y la geografía tiene muy poco que ver con la verdad histórica, aunque tenga que ver con eso que se llama exactitud. Un suceso, una cosa que ha sucedido, y por haber sucedido pasó ya, y, en realidad, no existe, puede convenir fijar su actual existencia en fecha y en lugar determinados, pero un hecho, algo que haciéndose permanece como instituto o como costumbre o como idea, importa poco que no sepamos situarlo ni cronológica ni geográficamente. Un hecho así, no un suceso, es eterno y universal, vive fuera de tiempo y de espacio. [...] Lo que se llama por exclusión y técnicamente historia, la documentada cronológica y geográficamente, es la memoria escrita de los sucesos humanos y aun naturales –un eclipse, una inundación, un terremoto–, mientras que la verdadera historia, la espiritual, que vive, que en la literatura y en las artes –incluso la filosofía– persiste, es el recuerdo de los hechos, hechos ya para siempre en el alma humana.

Este viajero –que se ufana de ser uno de los escritores españoles que más capitales de provincia, villas, villorrios, lugarejos y aldeas del país conoce–, se acerca a esos lugares para mirarlos con

los ojos del alma en que duermen recuerdos de la historia, como expresa al visitar el panteón real en la basílica leonesa de San Isidoro. Y son numerosas las ocasiones en que el narrador se detiene a evocar la vida de algún gran personaje, destacando Inés de Castro, Carlos V, Felipe II y naturalmente Don Quijote, de modo que es frecuente sorprenderlo volviendo «su vista histórica al pasado sendero de los siglos», verlo viajar siguiendo la ruta de algún personaje, como en el relato «Por las tierras del Cid» (1931), de *Andanzas y visiones españolas*, y autorretratarse como peregrino de la Historia y de la Patria, tanto si camina por tierras de la vieja Castilla, Extremadura o La Mancha –paisaje que atraviesa «soñando allendidades españolas» y «antigüedades prehistóricas, cuando esto acaso fue bosque»–, como si se encuentra contemplando Madrid en las alturas de encima del Hipódromo y desde allí, al avistar los campos desolados –«Campos terreños, de sola y pura tierra, de tierra de cocer ladrillos y pucheros»–, evoca la construcción de la ciudad por los albañiles que hicieron adobes y ladrillos con el barro de aquella tierra –«El Madrid castizo y propio de tierra cocida»–; o se halla en el rincón de los soportales de la plaza de Pedraza de la Sierra, donde el viajero *rumia* (y destaco el término) una y otra vez la Historia, trillando sus visiones «en la era de mi conciencia», como «español españolizante», es decir, como hombre dotado de conciencia histórica de su españolidad. Hay un texto fundamental que nos da la clave de este giro último del viajero, convertido en los años treinta casi ya exclusivamente en peregrino del ideal ultraterrestre, en romero de la inmortalidad. Se titula «Ensueños de hastío» (1933) y tiene un narrador en tercera persona que es un claro reflejo del autor, y un escenario que corresponde a Salamanca, como todo lector advierte ya en las primeras líneas: «Ha sido en una de esas viejas ciudades castellanas, varadas en la alta Historia, en la que él ha vivido y en la que ha vivido largos y preñados años de vida». Allí, en una calleja cerrada al mundo actual, ruidoso y pasajero, este viajero se lanza a «sondar dentro del sueño universal otro sueño», a respirar la Historia, pero la «entera y verdadera, no la de las crónicas, sino la que abarca y funde tradiciones y documentos, leyendas y realidades, milagros y rutinas, recuerdos y esperanzas, fantasías e increíbles creencias fecundas, evangelios, mitologías, supersticiones,